

Filosofar desde el despojo

JUAN MANUEL CONFORTE

(UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA – ARGENTINA)

Oscar del Barco practicaba una vida filosófica rayana al estoicismo. Lejos del mito que lo quiso un filósofo místico, alejado del mundo, al son de la verdad revelada, su forma de vida pasó progresivamente de una filosofía práctica vinculada al marxismo, a una práctica de la filosofía vinculada a encontrar las grietas de lo que llamó, en *El abandono de las palabras*, “el Sistema”. Su lectura de la tradición era rigurosa, pero no poseía la obsesión metódica del profesor universitario que toma la filosofía como un oficio y a la academia como su segunda casa; ni la del intelectual que lee para “interpretar” los fenómenos de su tiempo en aras de sorprender al mercado cultural. Su rigurosidad avanzaba en la búsqueda de la pura simpleza, de la más encarnada sencillez: la pregunta como una guadaña que despeja un camino hacia un afuera. Dejaba de lado los filósofos que detenían su indagación, que no llevaban su pensamiento hasta las últimas consecuencias; amaba profundamente, hasta desearles un abrazo, como lo hizo con Kant en un número de la revista *Nombres* titulando un texto “Darle un abrazo a Kant”, a aquellos que llevaban su pensamiento hasta los bordes del abismo. Abismo no es un término filosófico, seguramente Oscar lo hubiese rechazado; pero “abierto”, tal cual se puede desprender de su lectura de Heidegger, implica más esa zona paradójica que abre esa totalidad en la que el Sistema se convierte. Quizás esa fue una de



sus luchas más tenaces: el Sistema no deja nada por fuera, hace de todo su casa y su ley, pero el hombre (aquí comenzaríamos a tachar, a decir que hombre es una palabra demasiado cargada de connotaciones humanistas, que en todo caso se trata de eso que hay, que tal vez se dé en la materia fónica de las palabras, o en la materia líquida del trazo escrito o dibujado... en fin) no es otra cosa que la posibilidad de lo abierto. Depende de prestarse a una vida sencilla y atenta, despojada de toda trampa narcisista de reconocimiento, para abrir esa posibilidad.

Alguna vez, en un encuentro con filósofos chilenos, uno de ellos le espetó que su filosofía, desvinculándose sospechosamente de cualquier materialismo (incluso de su materialismo de origen, a partir del cual escribió, tradujo y hasta se exilió), tenía la intención de elevarlo unos centímetros del suelo. Vivir la vida como levitando. La comparación con un filósofo oriental no escapó a los prejuicios que cierto sector de la filosofía práctica tuvo sobre él. Creo, es una impresión mía, que Oscar (Óscar, como le decían los amigos chilenos) comprendió que lo real del materialismo era el despojo, el des(h)echo. No basta con emancipar el desecho y elevarlo a la dignidad de la Cosa, se trata de pensar a partir y desde el despojo mismo. No elevarse, sino rebajarse. Un “materialismo de lo bajo”, como escribió Natalia Lorio. Los títulos de sus libros filosóficos “post marxistas” tienen esa impronta: *El abandono de las palabras*, *La intemperie sin fin*, *Exceso y donación* –aunque las palabras exceso y donación hagan pensar en lo contrario al des(h)echo–, etc. No es un dato menor que su último libro de filosofía, *el estupor de la filosofía*, conste de

una escritura despojada de letras capitales. Es, al mismo tiempo, un título al que no le podemos restar ironía: la filosofía es la que, levitando, se aleja de sus verdades sencillas y se convierte en una trampa para incautos. La lógica del Sistema (en este libro será la técnica) la ha dejado pasmada y a su escritura atrapada en una red de validación académica.

Ni místico, ni profesor, ni marxista, ni, ni, ni; Oscar practicó la vía de lo neutro, tal cual la extrajo y adaptó a su pensamiento, de sus lecturas (obsesivas hasta la traducción) de Maurice Blanchot. No de la negación, o la indeterminación. Todo lo contrario, la vía de lo neutro le permitió escapar de las trampas de lo políticamente correcto y posicionarse concretamente en una ética propia que le valió contiendas de todo tipo. Su famoso “No matar” fue quizás la que más trascendió al ámbito intelectual, pero no fue la única, ni la que le costó más enemistades intelectuales y de las otras más dolorosas. Lo neutro implica desbaratar los paradigmas que sostienen el edificio ideológico. Luego los despojos. Con algo de los despojos de ese edificio puede aparecer una pregunta genuina por la cual valga la pena encerrarse durante días y días a leer e investigar para luego escribir, y seguir escribiendo.

¿Cómo alguien que no desea el reconocimiento escribe y publica un libro de filosofía de más de quinientas páginas? Entiendo que la publicación de ese último volumen es un “acto” que apunta a estorbar el mercado cultural del libro de consumo *express*. Como dijera Jacques Lacan cuando se publicaron sus escritos: “Escritos para no ser leídos”. Porque estamos en una época que lee demasiado y no lee nada, que escribe demasiado y no escribe nada. Escribir para Oscar del Barco implicaría (entre otras cosas) un ejercicio de resistencia a ser tomado como una cosa, como una mercancía o como un autor (que es decir más o menos lo mismo).

Dentro de una de las tradiciones que Oscar del Barco tradujo y suscribió (no sin peros), se dice que el objetivo de toda escritura es lograr el silencio, la desaparición de cualquier sujeto y objeto, pero que esa borradura no se logra callando sino escribiendo, escribiendo y escribiendo. Se borra con la pluma, no para elevarse a unos centímetros del suelo, sino para agujerear la hoja y que se abran en el medio de ella –alguna vez página en blanco– los bordes de lo abierto.